

tica el plan. Sin embargo, Damasco habría sido apartado de la política por López Rega —siempre se culpa a López Rega de todo—, sobre todo después de la muerte del general. Habría llegado ahora su momento.

Apoiado por la presidente María Estela Martínez, o apoyándose mutuamente —la «mujer fuerte» necesitaba un «hombre fuerte» a la salida de López Rega—, sería el propio Damasco el que personalmente habría nombrado los nuevos ministros para buscar la solución política. «Primero, la solución política —ha declarado Damasco—; después, la económica. Porque sin la primera no existe la segunda».

Una posibilidad de separar al ejército de la gobernación del país sería la solicitud de retiro anticipado que haría el coronel Damasco. Aún así, siempre parecería una cuestión puramente formal y no dejaría de aparecer como un miembro del ejército en un gobierno civil.

El nuevo gobierno se caracteri-

za por la salida de los últimos partidarios de López Rega —el ministro de Asuntos Exteriores, Vignes; el de Educación, Ivanishevich— y, en cambio, la aparición de algunos que fueron sus enemigos, como el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Robledo. Otra razón más para imaginar que el ejército está más cerca del poder de lo que se cree: Robledo, se asegura, está en relaciones muy directas con el ejército después de haber sido ministro de Defensa: López Rega le quitó aquel cargo a fines de 1974, precisamente por su intimidad con el ejército, que públicamente le rindió homenaje por su actuación como ministro de Defensa.

La otra fuerza del país, los sindicatos, han acogido el nuevo gobierno con reticencias. Esperan, sobre todo, su acción. El día 23 se celebrará el Congreso del Partido Justicialista: pueden salir decisiones importantes. Mientras, la presidente descansa en Mar del Plata... El poder está en manos del «hombre fuerte».

ESPAÑA, VERANO 75

¿Un Gobierno azul?

No estoy en ánimo para hablar de la manida «serpiente de verano». Las cosas se han puesto de tal forma, que la trivialización y el humor no resultan aconsejables. Voy simplemente a intentar reflexionar sobre lo que de momento considero un rumor político. Un rumor ciertamente ya muy extendido, generalizado, y que reviste cierta seriedad desde el instante en que serios editoriales lo toman como materia de meditación, y que incluso calificados periodistas lo esgrimen en sus entrevistas con ministros. Mi propósito es analizar políticamente este rumor que nos alerta sobre un próximo cese del presidente Arias, seguido de la formación de un equipo ministerial predominantemente «azul».

Deseo comenzar aludiendo al mismo concepto del «rumor político». Para mí, y prescindiendo de su naturaleza y posibles causas, es imperioso distinguir el «rumor reaccionario» del «rumor revolucionario». Este último surge impulsado por el ritmo vertiginoso que la revolución infunde a la Historia. En esa situación hay como un desfase entre elaboración, el avance de los hechos y la elaboración técnica de su comunicación, de su conversión en materia social. En el «rumor revolucionario» hay también (y lo señala Trotsky en sus «Lecciones de octubre») la finalidad política de «confundir al adversario», fijando su atención en unos hechos que resultarán más tarde secundarios. El «rumor reaccionario» utiliza la confusión, modernamente se amplifica

por la acción de canales internacionales igualmente contrarrevolucionarios, y pretende, al unísono, desacreditar, sembrar el pánico (todo resulta ser caos y antesala del juicio final) y «situar» nombres, pensamientos y fórmulas contrarrevolucionarias.

En este verano comprobamos en nuestra geografía ibérica la confrontación de los dos tipos de rumores. En Portugal coexisten rumores revolucionarios y contrarrevolucionarios. Los rumores que circulan en España son predominantemente contrarrevolucionarios, y lo son por partida doméstica y extranjera. Los rumores referidos a España son reaccionarios, los que registramos provenientes de Lisboa son casi únicamente los contrarrevolucionarios.

Es obvio, todos estamos cansados de leerlo, que hay condiciones propicias al rumor, y que éstas son de diverso tipo. Muy clásica es la que se produce por falta de adecuada libertad de prensa, para ser más preciso, de carencia de canales democráticos en la vida social y política. Hay una causa específica que nos viene dada por las características del poder supremo de decisión. En un régimen carismático, de adhesión (calificación dada por Arias y otros dirigentes al nuestro), una mínima racionalización del proceso político resulta muy difícil alcanzar por el gobernado. Se podrá a remolque de los hechos históricos (es lo que intenta hacer La Cierva) elaborar esa explicación; pero antes de la cristalización definitiva de los hechos es muy difícil. Añadamos a ▶

Los
CoNteM
poRa
nEoS

EL QUE RECIBE LAS BOFETADAS

Ruedan los bulos. Llegan a la costa —a Benidorm, a Marbella, sede de tertulias políticas—, rebotan, pasan por Madrid, siguen a San Sebastián, engordan en Galicia, vuelven a rodar. Cumplen una función: mantienen viva la política, ahora que la prensa comienza a dejarla morir. La prensa tiene

mala prensa. Los grandes de este mundo la miran cada vez con más desconfianza y, cuando pueden, la dan su zarpazo. Es su manera de combatir la realidad. Cuando la política se convierte en un espectáculo de ilusionismo, el ilusionista siempre detesta a quien cuenta el truco. El ilusionista, en su escenario, sólo espera el "¡Ahhh...!" de admiración y el aplauso; cuando pide que un espectador surja de la sala y vaya al escenario, siempre tiene un espectador preparado. A sueldo. La prensa ha ido dejando de ser un espectador a sueldo y pregunta quién ha metido las palomas en el sombrero de copa; se entera y lo cuenta. El ilusionista la pega un sopapo.

Se está creando una distancia entre prensa y política. Una distancia peligrosa. En este circo, el periodista es "el que recibe las bofetadas". El tonito de circo. Que, no olvidemos, es el que siempre tiene razón, el que muestra una lógica propia frente al lugar común y la voz limpia del payaso de lentejuelas, del payaso blanco.

Hubo un tiempo en que un dictador de la prensa, Juan Aparicio, inventó un uniforme para los periodistas. Era, si mal no recuerdo, gris y galeonado, con una gorra de plato según la moda de uniformes que venía de Berlín, con el frente levantado. Que yo recuerde, nadie se lo puso nunca, a excepción de aquellos que

estaban obligados a asistir a actos oficiales en que se declaraba imprescindible. Ni siquiera cayó en desuso: no hubo uso. Aunque todavía está en vigor (nadie ha derogado su vigencia), y un servidor, si quisiera, podría así vestirse para impresionar. Entre aquel uniforme y el traje de rayas del presidiario

hay una larga distancia en el tiempo. La hay también con respecto a este ridículo traje de agosto "de soirée", que es el propio para recibir las bofetadas.

En este resquicio cada vez mayor entre política y prensa circula con fuerza el rumor, el bulo. Es el precio que hay que pagar cuando se detesta la información. El bulo es una exageración grotesca que responde a una exageración grotesca. Cuando el ilusionista mantiene, como el Cándido de Voltaire, que "todo va por lo mejor en el mejor de los mundos posibles", el bulo responde que todo va por lo peor en el peor de los mundos posibles, y aun de los imposibles. Cumples, decimos, su función: contrarresta, equilibra. A veces hasta consigue provocar un mentis, que ya es una información.

"Cuando el monte se quema, algo suyo se quema". Cuando el periódico se sanciona, cuando al periodista se le castiga, algo de usted, algo mío se castiga. Algo se sanciona, también, en el sancionador, que está castigando un reflejo de sí mismo. La pretensión de los periodistas de uniforme no resultó ni siquiera cuando podía resultar. Y el ilusionismo en la política apenas dura lo que el vuelo de las palomas hacia los telares del escenario. Inmediatamente después, el sombrero de copa está irremediablemente vacío. ■

POZUELO

este fenómeno la peculiar psicología que pueda caracterizar al titular de ese poder supremo de decisión (y aquí la hermana del Jefe del Estado nos ha dado una información muy acabada) y tendremos que resignarnos a una pueril especulación. Y esto es lo que yo estoy haciendo. Empleando las formas condicionales, tan de moda en estos últimos días, podría decir que el rumor tal vez se confirme o sea un invento, ciertamente que nada inocuo en las actuales circunstancias.

Yo, políticamente, pienso que es urgente disponerse a responder al reto que nos lanza el «rumor reaccionario». Es enormemente imprudente que los españoles que quieren ganarse la libertad comiencen por resignarse a la libre circulación de los rumores reaccionarios. Cuando así se comporta el ciudadano, inconscientemente está colaborando con la reacción.

La actitud que se impone no es otra que la de someter a una crítica política todos los ingredientes del rumor. Se puede hacer invocando a la Historia, analizando cuidadosamente la problemática política que nos plantea nuestro presente español, observando el entorno internacional, y muy especialmente el del campo neocapitalista, y, por último, no olvidándonos de las biografías de los personajes en los que la reacción personifica su promoción.

Deberíamos seriamente interrogarnos si en 1975 es lógico y sensato hablar de un Gobierno azul. A estas alturas, ni los más nostálgicos piensan en una reactualización del falangismo. Si los azules tuvieron su ocasión (y la tuvieron con la guerra civil, pero la hubieran perdido en 1945) fue en buena parte por circunstancias internacionales y también, no hay que ignorarlo, por cuanto mucha gente pensó que el falangismo era la única alternativa al conservadurismo cerril de la derecha en armas. Los carlistas fueron importantísimo factor militar, pero insignificante dato político. En 1975 no hay azulismo auténtico. Lo único correcto es hablar de la pretensión de dar un viraje a la derecha, de imponer el criterio de los más conservadores. Y este es incluso el lenguaje empleado en un editorial de «Ya». ¿Es juicioso pensar en un desplazamiento a la derecha cuando aún estamos en plena derecha? Simplemente, por la vía de la crítica inmanente tenemos que llegar a la conclusión de que esta posibilidad es aberrante. Todos parece que han aceptado estas cosas: tránsito hacia una participación institucionalizada, mayor fluidez y dinamismo en el juego de las asociaciones (alguno habla incluso de dialéctica, olvidándose por completo de lo que significa esa tan llevada dialéctica), profundización y autenticidad democrática, preparación de las condiciones que hagan posible la implantación popular del Rey y qué diremos de los pasados escarceos sobre fórmulas de socialismo, de nacionalización del poder y del Estado...

¿Y qué deducimos de «nuestros

problemas»? Pensemos en la juventud, en la Universidad, en las tendencias culturales dominantes, en la crisis social y económica, en las mismas costumbres, en la religión y la Iglesia (que son no cosas intercambiables), en las tensiones regionales (que acusan más nuestra no lograda vertebración como comunidad política), nuestro aislamiento internacional, etcétera. No sería lícito, además, dar el paso que nos conduce a las desnaturalizadas cacumbas (los que primitivamente las habitaron eran unos iluminados revolucionarios para su época y en su contexto) poco después del «montaje escenográfico» que de la distensión hemos presentado en Helsinki. Para los políticos nórdicos y germanos sería algo así como un engaño premeditado y auténticamente doloso.

El entorno internacional no es favorable a la promoción de conservadores, burócratas e inmovilistas. El proceso político portugués fuerza a los comunitarios europeos, a los atlantistas, al mismísimo Kissinger a pronunciarse en encendidos tonos democráticos. Kissinger ha dicho en Alabama que USA casi se sintió embargada de alegría al conocer el 25 de abril. ¿Cuál sería la amargura de Kissinger si viera retornar a Caetano, a la PIDE, etcétera? Y para qué hablar de los demócratas y socialdemócratas europeos (nórdicos y no nórdicos) si éstos nos gritan a todas horas que hay que salvar la democracia en Lisboa y evitar sustituir una dictadura por otra. Hay que matizar diciendo, en contra de lo que afirma Soares, que Portugal no vive una dictadura como en tiempos de Salazar. ¿Hubiera podido decir y hacer Soares lo que está ahora haciendo en tiempos salazaristas? No es prudente en política la extralimitación verbal... Lo acordado en Helsinki, el carácter de la actual distensión (yo en ocasiones me atrevo a preguntarme si no es tal vez una «neoguerra fría») haría de una España que se desplazase más a la derecha, algo así como un foco de perturbación de la coexistencia y del orden público europeo.

Sería interesante aludir a las biografías de las personas que se señalan como presuntos sucesores de Arias. Me abstengo de hacerlo por dos motivos: razón de espacio y respeto a esas personas. No es correcto enseñarse con unos compatriotas que, de momento, no nos justifican con sus actos para hacer de ellos «aspirantes» al relevo del presidente Arias. Un relevo mirando a la izquierda sería comprensible, aun cuando no muy fácil por los cauces hasta ahora existentes. Lo otro es jugar a la ruleta rusa.

Y me queda para concluir una matización importante. Prescindiendo por completo del hecho del procesamiento de unos pocos militares, creo razonablemente que las Fuerzas Armadas españolas no están dispuestas a contemplar impasibles ese viraje a la derecha que de inmediato obligaría a cambiar la ficha política del Príncipe. ■ **MARIANO AGUILAR NAVARRO.**

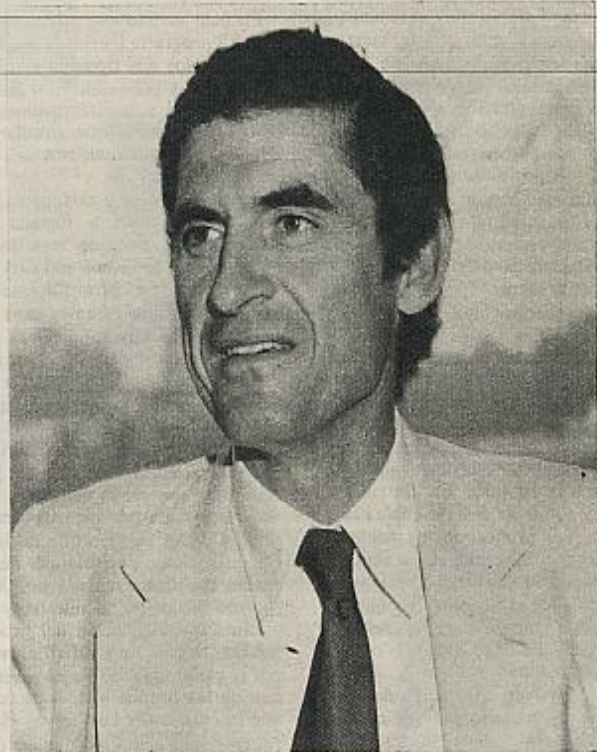
SEVILLA

La Alvarez Quintero, tecnocracia de la «niña bonita»

Tras la dimisión en la alcaldía de don Juan Fernández, los sevillanos están que no ganan para sorpresas. Ahora se acaban de enterar por boca del nuevo alcalde que Sevilla es —literalmente— «la niña bonita del país», de la Administración Central, del Régimen. Cuando don Fernando de Parias y Merry llegó al sillón de terciopelo de la antigua Casa Grande de San Francisco, entre un rumor inquebrantable de dedos que no cesan, los sevillanos esperaban que a la ciudad iba a llegar la tecnocracia. Ya se sabe que a Andalucía todo llega tarde y mal, desde el desarrollismo a las asociaciones madrileñas. Puede decirse que por aquí no pasó la tecnocracia, que las familias opusdeistas estudiadas por Amando de Miguel nunca participaron del poder en la sociología hispalense del franquismo. Con Fernando de Parias el Opus llegó a la Alcaldía de Sevilla con diez años de retraso, cuando la tecnocracia era una añorante bajamar. Ingeniero, padre de familia numerosa, socio de un gabinete de

proyectos de obras civiles, todos creían que don Fernando de Parias iba a llevar a la Casa Grande —que es como en Sevilla se llama al Ayuntamiento— tecnocracia a punta de pala. Si la ha llevado, la tecnocracia ha sido por ahora meramente verbal. Porque no me negarán que lo de «niña bonita» no es una preciosa perla que sumar al museo de las cursilerías sevillanas, todo un hallazgo de la alvarezquinterotecnocracia que añadir a lo de «la tierra de María Santísima», «la novia agarena del Guadalquivir», «mora y cristiana» y otras sopla-terías por el estilo.

Los sevillanos no acaban de adivinar qué baremo del PNB o de la renta «per cápita» ha consultado el señor Parias para afirmarse en su hallazgo y negar hasta tres veces —por algo su abuelo, el primer gobernador del glorioso Alzamiento en la ciudad, se llamaba Pedro— una imagen de Sevilla indigente, atrasada, subdesarrollada, gimiendo ante los barandas de la Administración Central en sus triunfales periplos meridionales. Porque, ade-



Fernando de Parias y Merry, nuevo alcalde de Sevilla.